

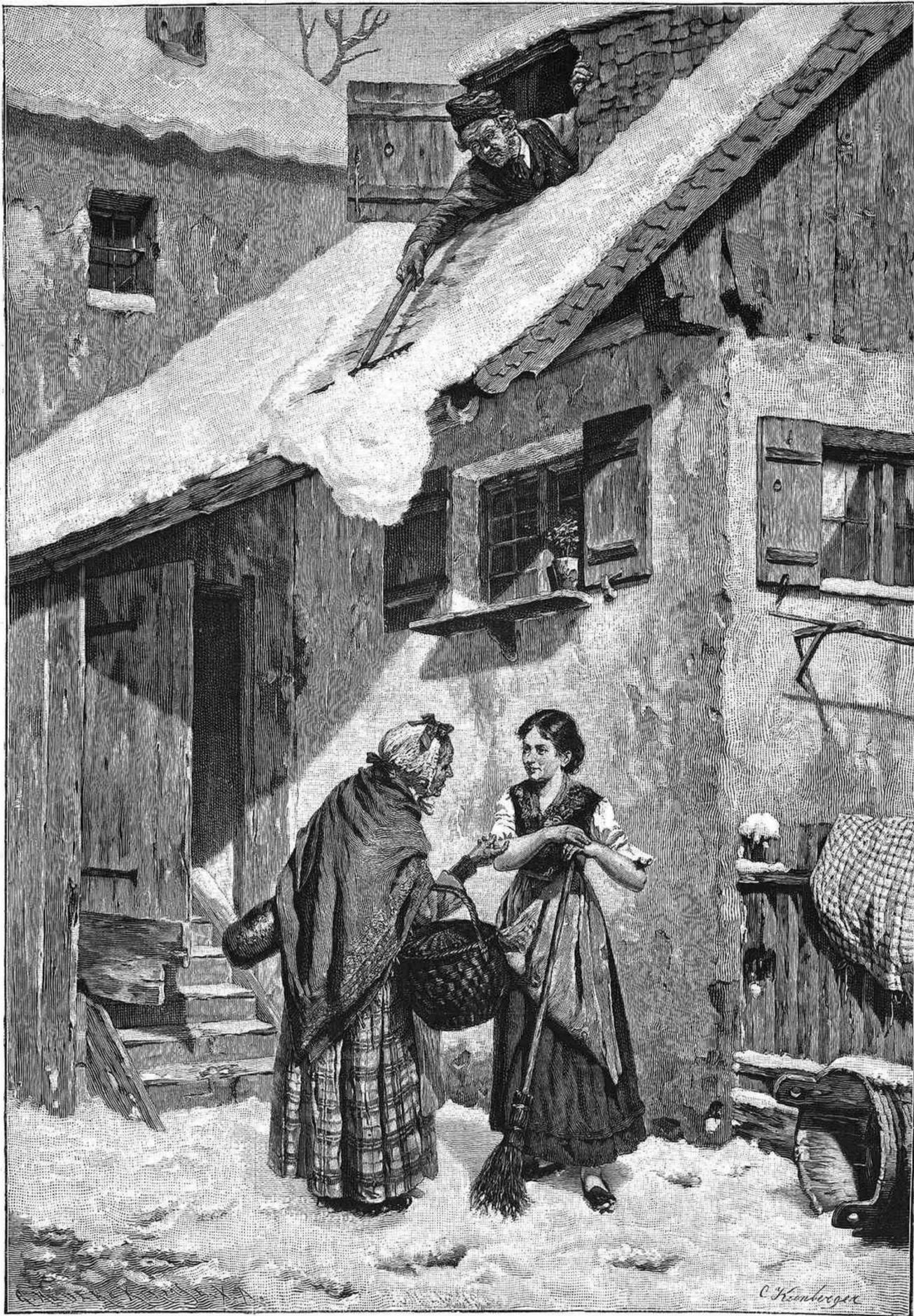


AÑO IV

← BARCELONA 4 DE MAYO DE 1885 →

NÚM. 175

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NEMESIS, cuadro por K. Kronberger

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL REGIDOR (*continuación*), por don Carlos Coello.—EL MAESTRO TRISTE, por don F. Moreno Godino.—LAS MAREAS, por don A. A.

GRABADOS: NEMESIS, cuadro por K. Kronberger.—LA HUÉRFANA, cuadro por F. Compte-Calix.—JALEO, dibujo por A. Fabrés.—LA LEY DE LYNCH, cuadro por R. Zoqbaum.—LA APLICACION, dibujo por F. Delfregger.—LOS TAMBORES DE LA REPÚBLICA.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: AMOR PRIMAVERAL, cuadro por P. Thumann.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

A mal tiempo, buena cara.—Donde pasea Madrid.—Distintos modos de entender el paseo.—Pereda en Madrid.—Renacimiento de la novela.—Premios á granel.—El cansancio de la vida.—Crece el suicidio.—Cosas que no son de actualidad.—Miremos al porvenir.

Como la primavera no es primavera, ni el sol luce sin interrupciones en el cielo de abril, ni la lluvia ha suspendido su faena agrícola, ni el viento deja de volar, los madrileños llevaban muchos días, meses tal vez sin gozar del paseo. ¿Irian al Retiro? Imposible: el piso húmedo lo impedía. ¿Irian al Prado? En aquella amplia área el viento sopla demasiado fuerte. ¿Y la Castellana y Recoletos? No: tampoco. Todo lo que fuera alejarse mucho de la villa, era exponerse á volver á casa convertido en una sopa ó en un triton. Por eso se ha descubierto un paseo nuevo en el corazón de Madrid. Los madrileños pasean por las tardes desde la iglesia de San José á la de las Calatravas. Aquellas varas de acera de la calle de Alcalá se llenan de gente que va y viene como por un salón. Más que pasearse es aquello moverse en un mosaico humano, en el que incrustamos nuestra persona, adaptándola al hueco que nos ofrece la masa de gente.

Para otros pueblos pasearse es ir en busca de horizontes, deleitarse en la contemplación de perspectivas campestres, en copas de árboles, en arroyos, en casitas esparcidas por la llanura, en el recodo de un río ó en un pedazo de mar que agita sus olas entre un marco irregular de rocas de la costa.

Para Madrid, pasear es ir á ver gente; á contemplar perspectivas de sombreros de copa y perspectivas de toaletas femeninas. En vez de un grupo de árboles sobre cuyas ramas se detienen los pájaros y bajo cuya sombra se paran los amantes, gusta de ver una fachada de lujosa casa, agujereada por mil ventanas y balcones, coloreada por miles de muestras de tiendas y en cuyas puertas se ostenta suspendida una lámpara eléctrica, redonda y esplendente, de un color que hace soñar con riquezas fabulosas, con perlas gigantescas, que podrían ir suspendidas á las orejas de la reina del país de Brandabarah, visitado por Gulliver.

Agua corriente, panorama floral, grupos de ovejas y vacas que se destacan en la verdura, deliciosos contrastes de luz y sombra en una enramada... el dulce y sosegado goce de la contemplación... el éxtasis de un espíritu amante de la naturaleza que halla motivo de alegría en la vibración de una hierba acariciada por el viento ó en el chirrido de un insecto que canta en la sombra... nada de esto es comprendido en esta ciudad de los tranvías, en esta prosaica corte de los empleados, en esta orgullosa metrópoli del Manzanares.

Al vulgar paseo establecido en la calle de Alcalá, le llaman satíricamente los *Mártes de las de Gomez*. Es seguro que costumbre tan ridícula se aclimatará. Es la suerte reservada á lo ridículo: perpetuarse bajo la lluvia de flechas de la sátira.

* *

Pereda, el insigne autor de *Pedro Sanchez*, se encuentra en Madrid, de paso para Portugal. Muy de tarde en tarde nos visita el escritor santanderino, apegado en demasía á los riscos de sus montañas vestidas de helecho. Prefiere al trato de la corte los sabrosísimos discursos de los *Nelos* y los *Tremontorios*; y mejor que ver el desfile de damas de la vida elegante en un salón, asiste á un baile de zafias montañesas allá sobre el césped de los patrios campos.

Los paisanos de Pereda que residen en Madrid le preparan un regalo artístico. La estatua de *Sotileza*.

Crece de día en día el gusto del público por la moderna novela. Hace pocos años no existía el género, porque desde Cervantes y sus coetáneos hasta Alarcon, Galdós y Pereda hay que dar un salto de siglos sin tropezar en una sola obra notable. Los ensayos de Fernan-Caballero no constituían escuela ni podían constituirse: más que novelas eran tesis católicas, pensadas por un teólogo mogigato y expuestas por una mujer que sentía muy bien y escribía con poca literatura. Fernandez y Gonzalez ha dado de sí un centenar de libros que carecen de estilo y esmero en el lenguaje. De ellos puede decirse que los escribió un vulgar y adocenado inventor de melodramas, en colaboración con un genio. El genio era poco puntual en la colaboración y como el editor no podía esperar á que acudiera, el que discurría los absurdos y enmarañados melodramas seguía enviando cuartillas á la imprenta. Ese Himalaya de cuartillas que llevan la firma de Fernandez y Gonzalez,

no son otra cosa que una triste enseñanza que hace ver cuán distinta cosa es escribir para el arte, de escribir para el editor.

La novela no ha existido, pues, hasta nuestros más recientes días y en verdad que ha progresado rápidamente, siendo la mejor señal de su progreso el que cada uno de los cultivadores del género en España tiene su fisonomía propia. No es posible confundir una página de Alarcon con una página de Pereda, ni un capítulo de *La Regenta* con un capítulo de *El Señorito Octavio*. Esta diversidad de fisonomías acredita la riqueza de la savia del árbol genealógico en que van apareciendo todos los días lozanas flores.

* *

La Sociedad de escritores y artistas celebró una Exposición que aplaudimos como una señal de actividad necesaria en ese núcleo de la vida intelectual de España. Pero en la distribución de los premios que acaba de publicarse en los periódicos hay motivo de enérgica censura. Verdaderamente han sido distinguidos con diplomas y medallas algunos expositores dignos de serlo, pero ¡qué nombres oscuros, sacados, no al aplauso, sino á la pública censura por una injustificada merced! Hay un poeta premiado por la Sociedad de escritores y artistas cuyo apellido suena en el Olimpo como el de O'donovan Rossa en una tertulia de aristócratas. Hablo de Carulla. Le han conferido un diploma de primera clase por la traducción de la Biblia. ¡Y para mayor ignominia le pusieron *Invi!*

* *

En los últimos diez días han ocurrido en Madrid siete suicidios. La pistola y el veneno han hecho ventajosa competencia al viaducto.

La vida cansa por lo visto más en unas temporadas que en otras. Si ese cansancio, productor del suicidio, fuera constante, se matarían las personas todos los días del año, como sucede con las enfermedades endémicas que hacen víctimas sin cesar. Pero el suicidio es una epidemia. Aparece un caso, se propaga el contagio y en pocos días se inficiona una población. Virtud, trabajo y fe son los tres lazaretos en que se puede impedir á la epidemia avanzar.

* *

Cuando venga la primavera podremos hablar de las siguientes cosas que aún no son de actualidad:

El paseo por las mañanas en el Retiro.
Los proyectos de los viajes veraniegos.
Los teatros del estío.
Las flores.
El amor.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

NEMESIS, cuadro por K. Kronberger

También es conocido este cuadro con el título de *El castigo de la murmuración*, que sienta perfectamente á su asunto. Una de esas viejas criadas que pasan la vida husmeando en la casa del prójimo con el piadoso objeto de propalar chismes entre la vecindad, tiene la mala idea de ejercer su tarea favorita al pie del tejado de la casa que habita una de sus menos tolerantes víctimas. Allí la acera de lengua de la comadre se despacha á su gusto con una maritornes, que no parece enojarse porque la enteren de lo que no la importa; y de esta suerte pasarían el tiempo indefinidamente, si su amo, cansado de aguardar el desayuno y más cansado aún de representar el papel de San Bartolomé, no resolviera poner término brusco al impertinente diálogo. Dicho y hecho: súbese á la buhardilla, barre sin piedad la nieve del tejado y da con ella en plena persona de su vieja fámula, para escarmiento de lenguas viperinas.

Y á todo esto ¿por qué este cuadro se titula *Nemesis*? Porque *Nemesis*, según la mitología, es la diosa de la venganza, y á la venganza, que según horrible expresión del poeta pagano es el placer de los dioses, se entrega la víctima de nuestro cuadro. Confesemos que el tal título es bastante rebuscado y que puede aumentar, al interés del lienzo, el interés del enigma.

LA HUÉRFANA, cuadro por F. Compte-Calix

—¡Qué espantosa soledad!...—escribe el inolvidable Ayala al final de un precioso drama. Y esta breve frase define de una manera admirable la situación de *Consuelo*. La protagonista de nuestro cuadro repite mentalmente las mismas palabras, y si no las oímos de sus labios, las leemos perfectamente en su pensamiento.

¡Infeliz criatura!.. Privada de sus padres, sola en este mundo, al recorrer el camino de la vida parécela que la tierra tiembla bajo sus pies; al fijarse en el porvenir que la está deparado, descubre en el horizonte la tempestad próxima á desencadenarse. La modesta casita en que vivió con los cariñosos autores de su vida, constituía todo su mundo: hoy que han desaparecido sucesivamente los que con su amor la llenaban, ¿qué tiene de particular que á la pobre huérfana se le figure habitar en un desierto?.. Apénas sus manos laboran maquinalmente la calceta y no menos maquinalmente su mirada se fija en la puerta que otras veces daba paso á las personas de ella tan queridas. Su pensamiento vuela léjos, muy léjos; aprisa, muy aprisa...

como que trata de alcanzar el alma de sus padres en el espacio que separa la tierra del cielo...

El autor del lienzo ha estado completamente feliz en su ejecución. Hay tanta pena en la mirada de esa joven, hay en su cuerpo tanto abatimiento, hay en su abandono tanta naturalidad que el objetivo del artista resalta sin esfuerzo alguno y no hay alma sensible que no acompañe en su soledad á la pobre huérfana.

JALEO, dibujo por A. Fabrés

¡Bendita sea la tierra de Andalucía y bendito el que inspiró requebrarse en música por medio de la guitarra, que es el instrumento más democrata de los conocidos, desde el salterio de David hasta los pianos de Erard!..

En cierto telon de boca del más clásico teatro de Madrid lefense en la primera mitad de este siglo unos versos muy malos que empezaban:

La música á las fieras domestica..

Y ello es indudable que el hombre al parecer más rudo endilgale á su amada en *do, re, mi, fa, sol*, una porción de galanterías de que se sentiría incapaz hablando en prosa lisa y llana. Lo cual, empero, no justifica que el poeta de marras, para ponderar las excelencias de la melodía, tuviera que apelar al testimonio de las fieras.

Fiera es, á pesar de todo, la condición de esos dos tipos dibujados por Fabrés, y más de una vez, probablemente, cuando sus manos no pulsán la guitarra, el galán del rasgueo habrá demostrado su amor á la gitana del cuadro mediante alguna *quantáa* salida de lo más íntimo del corazón... Pero no hay tempestad que no se calme, ni ceño que no se desarrugue, ni arrebató de celos que no disipe una malagueña, entonada á quema-ropa, de la mujer de nuestros pensamientos...

Tal es el tema del dibujo de Fabrés, feliz estudio de unos tipos muy típicos, modelo de naturalidad y tan saturado del sabor de la tierra que aún más que figuras de estudio parezcan dos fotografías bien escogidas.

LA LEY DE LYNCH, cuadro por R. Zoqbaum

La explicación de este cuadro encuéntrase en su último término, donde, iluminado por una bien pensada claridad, se bambolea el cadáver de un ahorcado. Sus fiscales, jueces y verdugos han sido esos jinetes que regresan muy tranquilamente á sus hogares, después de haber hecho justicia á su manera.

Sabido es que los norte-americanos llaman ley de Lynch al derecho *ó cosa así*, que se atribuyen ciertos ciudadanos de aplicar cualquier pena, la de muerte inclusive, sin forma de proceso, ni intervención de la artificiosa curia. Esta horrible teoría se encuentra tan arraigada en algunos ciudadanos que en gran número de casos las autoridades custodias de ciertos presos han sido impotentes para impedir que la multitud, compuesta de todas las clases sociales, se los haya arrebatado para seguidamente *lincharlos*, vulgo pasarles una cuerda al cuello y colgarles del árbol que les ha parecido más á propósito.

No hay para qué decir cuán repugnante y condenable es semejante costumbre que despoja á la ley de sus naturales sacerdotes, y al hombre, siquiera bajo el peso de una acusación, de sus más naturales é imprescriptibles derechos.

APLICACION, dibujo por F. Delfregger

La simpatía que inspiran esos niños trasciende hasta al autor de esa pequeña composición. Es imposible que quien siente de tal suerte la aplicación de la infancia, no sea aplicado por temperamento, niño por la bondad de su corazón.

Como no hay que juzgar á los hombres por su estatura, no hay que estimar las obras de arte por su tamaño. A tenerse esto en cuenta, las Pirámides de Egipto serían la obra más portentosa del genio. Sin embargo, en artes, como en todo, tiene más valor que una tonelada de carbon un diamante como una lenteja.

LOS TAMBORES DE LA REPÚBLICA

Cuando, en 1791, la Francia hubo de hacer frente á la liga de Europa para destruir la República, hizo un llamamiento á sus hijos, excitándoles á alistarse voluntariamente en el ejército para defender el suelo patrio contra la invasión del extranjero.

Lo que sucedió entonces en esa nación, al parecer desgarrada por sus gobernantes, es portentoso: en un año se organizaron un millón y doscientos mil soldados, se fabricó un millón de fusiles, se fundieron siete mil cañones y se extrajeron del seno de la tierra doce millones de libras de salitre para confeccionar pólvora.

Estos datos pueden dar una idea del entusiasmo que reinaba en Francia: los niños, ante el ejemplo de los adultos, contribuyeron á la campaña y pagaron con su sangre la deuda que el ciudadano tiene contraída con su patria: el que no tuvo fuerzas para empuñar el fusil, empuñó las baquetas del tambor, y los tambores niños de la República tuvieron sus héroes, entre ellos el tambor de Arcola, que hoy día tiene su apoteosis en París entre los grandes hombres esculpidos en la fachada del Panteón.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

AMOR PRIMAVERAL, cuadro por P. Thumann

Poético asunto tratado con habilísimo arte; figuras simpáticas y llenas de vida como la primavera; amor candoroso, amor que se satisface con aspirar los aromas de una flor que apénas han besado los labios de la mujer

amada. El amor que ha pintado Thumann es el amor casto de la mariposa á las flores ó de las flores al sol; pasión en que la carne no empequeñece el sentimiento, pasión de cuyas manifestaciones pueden ser testigos los ángeles sin tener necesidad de ocultar el rostro tras las nubes alas.

Quien no ha amado alguna vez de esta suerte, quien, en la primavera de la vida, no ha elevado el pensamiento, de conjunto con la mujer amada, á un espacio más puro y más bañado de luz que el espacio comprendido en el mundo vulgar de las pasiones brutales, ese no puede sentir como siente el autor de nuestro cuadro, ese no puede apreciar en todo lo que vale el idilio de Thumann.

EL REGIDOR

POR DON CÁRLOS COELLO

(Continuacion)

VII

Coincidió en Solsona la celebracion de la quinta con la llegada del Carnaval. D. Gervasio habia regresado de su cacería gravemente enfermo, con terrible y tenaz calentura, vahidos espantosos que á veces llegaban á convertirse en accidentes epileptiformes y una tal decadencia de fuerzas que parecia otro hombre. Tan mal estaba que el celoso Gasparet, que habia jurado vengarse del lance de marras, no tuvo ánimo para meterse con él y le cuidó con verdadero cariño diciéndose: «¿Quién sabe si de esta reventará y arrepentido de sus malos propósitos me nombrará su heredero! No debo hacer nada contra esta favorable solucion. Yo estoy mal con mi amo, pero siempre me he llevado bien con su dinero.»

Al compás de las músicas callejeras y de los gritos de las máscaras, D. Gervasio se retorcia en el lecho, no ya del dolor, sino de los dolores más crueles, jurando y perjurando que estaba envenenado, que uno de los días de caza habia tomado butifarra en la masía de unos protegidos del regidor y que aquella inocentada le costaba la vida.

De allí á creer que toda Cataluña se habia conjurado para matarle como á un perro no habia más que un paso, á la verdad; pero el hecho era que D. Gervasio se moria por la posta, que el médico del pueblo y otro llegado de Barcelona, temeroso D. Gervasio de que el primero estuviese vendido al regidor, declaraban unánimemente que aquello presentaba todas las trazas de envenenamiento, y como el doliente aseguraba no haber comido en aquellos días más que las provisiones sacadas de casa, algunas frutas del campo y la maldita butifarra, sobre alguien habian de recaer las sospechas, y aunque D. Gervasio no era muy querido en Solsona ni mucho ménos, la gente se cansa de odiar como de querer, nadie está sobrado de amigos ni falto de enemigos, y muchos descansaban de reirse del ricacho dando por hecho, creyéndolo ó no, que el regidor era un criminal.

Los médicos habian dado á entender bien claramente que si D. Gervasio no vomitaba se moria sin remedio; pero él se negaba á tomar las medicinas preparadas por el boticario de Solsona porque este andaba mucho con el regidor y «dime con quién andas, y te diré quién eres.»

En vano se le decia que la cosa no daba lugar á esperar: D. Gervasio juró y perjuró que hasta que no llegasen las medicinas que un propio habia ido á buscar á Barcelona, nadie le separaría los dientes con cuchara ni con pistero.

Entre tanto D. Gervasio iba de mal en peor, y Gasparet acudia, el día precisamente de la mayor gravedad, á las casas consistoriales, donde se habia de verificar el solemne acto de la eleccion de quintos.

Para caer soldado no era precisamente necesario que Gasparet sacase el número uno, sacó el dos, y como el cupo era de seis hombres y Gasparet no tenia en su cuerpo motivo en qué fundar exencion, claro está que podia considerarse como soldado.

Al saber la fatal nueva le dió á Eulalia un terrible soponcio y hubo que llevarla á su casa á puñados. Gasparet se enterneció en términos que rompió á llorar, y unos muchachos vestidos de máscara, al verle tan feo le llenaron de yeso, y le colgaron una cola en la cual y artísticamente colocada en un saquillo habia buena porcion de cierta repugnante sustancia que en aquel país se emplea con éxito para el abono de las tierras y que despide una fetidez insoponible.

Gasparet iba tan abismado en sus lúgubres pensamientos que en nada reparaba, encaminándose melancólicamente á casa de su amo, á quien desde por la mañana no habia visto. Ya se ha dejado entender que Gasparet era mozo listo, y en medio de su preocupacion hartó comprendia el infeliz que nadie en Solsona, fuera de su amo, podria ni querría facilitarle la cantidad necesaria para librarse de servir á la República. Su abnegacion llegó hasta el punto de determinarle, si habia ocasion propicia para ello, á pedírsela á su amo dando al olvido generosamente la aventura que entre él y la valerosa Eulalia habia mediado dias atrás.

VIII

Cuando entró Gasparet en el cuarto de su amo éste estaba peor: se acercaba ya el anochecer, iniciábase en él la recaída y la calentura le hacia delirar.

Al presentársele el criado en la forma que se ha descrito su amo se abrazó á él y mirándole de piés á cabeza:

—¿Qué te ha hecho el regidor?—preguntó compungido.

Gasparet contó lo que le ocurría; D. Gervasio aseguró que el regidor habia hecho trampa para librar de la quinta á su sobrino... y de pronto comenzó el enfermo á sentir unas bascas tremendas y Gasparet le vió abrir y cerrar los ojos con rapidez extraña haciendo mil rarísimos gestos y contorsiones, y creyó que se le iba por la posta y sin tiempo para hacer testamento; y fué tanto lo que se conmovió el pobre muchacho que se abrazó sollozando á D. Gervasio y este abrió la boca, arrojó por ella un caño de una cosa de indefinible color pero que á Gasparet le pareció un terrible vómito de sangre y le hizo gritar pidiendo socorro.

Acudió toda la gente de la casa y poco despues el médico, quien con gran asombro de todos los circunstantes declaró que D. Gervasio estaba fuera de peligro. Se acercó Gasparet á dar un nuevo abrazo á su amo, lleno de felicidad y prefiriendo siempre su amo vivo á su amo sin tiempo para testar. Aquel alma generosa era incapaz de rencor.

—¿A qué demonio huele aquí?—preguntó el médico.

—El olor lo trae consigo ese puerco,—advirtió doña Rosa, la vieja ama de gobierno de D. Gervasio. Y bien examinadas las cosas se cayó en la cuenta de que la fetidez que Gasparet traía consigo, gracias á las diabluras de los muchachos, habia hecho en su amo el efecto del mejor de los vomitivos y curádole por el sistema del famoso bálsamo de Fierabrás inmortalizado por Don Quijote.

IX

A los pocos días de los sucesos relatados los quintos recorrían las calles de Solsona tocando la guitarra, cantando y procurando pasar á tragos la vida miserable que comenzaban á tener; la pobre Eulalia languidecia por momentos sintiéndose sin ánimos para esperar ocho años el suspirado y necesitado casorio y Gasparet se encaminaba á casa de su amo más que á despedirse de él á ver si le cogía en un momento favorable y le conmovia hasta el punto de sacarle el dinero consabido, empresa no muy sencilla, porque el buen fidalgo no era espléndido más que en las cosas que á él particularmente le divertían.

Cuando llegó el mancebo á la casa encontró á su amo en grave conferencia con el escribano D. Magin Banquells, á quien habia convidado á tomar chocolate y á quien entre sopa y sopa procuraba convencer de que le ayudase á armar al regidor una causa criminal de la cual no pudiese desenvolverse en todos los días de su vida.

—Pero amigo D. Gervasio,—decía D. Magin,—ninguno de los indicios que V. presenta tienen fuerza bastante ante un tribunal, y V. y yo seremos los primeros perjudicados si intentamos semejante cosa.

—De manera,—contestaba D. Gervasio,—que V. cree natural que un hombre pierda siempre al juego, y se caiga al suelo siempre que monte á caballo, y sea engañado por todas las mujeres, y se le calumnie de un modo atroz y se le sobe y se le asuste y se le envenene y de milagro no se le mate!..

—Yo no digo que sea natural,—replicaba el pobre don Magin, poniendo en prensa el suyo para convencer á aquel alma de cántaro,—lo único que digo es que no veo razon bastante para atribuir al regidor la culpa de todas las desventuras de V. y que si nos metemos en semejante cosa usted y yo seremos los primeros perjudicados.

—Pues V. se lo pierde,—replicaba D. Gervasio.—Si usted me ayudara en esta empresa le pondría á V. en la mano mil duros limpios de polvo y paja y en moneda cantante y sonante.

Don Magin que, aunque escribano, era hombre de bien, juzgó insulto feroz la propuesta de su amigo y le preguntó conteniéndose lo mejor que pudo si habia comido fuerte ántes de tomar el chocolate, sintiendo impulsos de tirarle una de las jicaras á la cabeza dándole así definitivamente el frustrado jicarazo recientemente atribuido al regidor.

Buena parte de esta escena habia sido escuchada por Gasparet, y como el mozo no tenia pelo de tonto y como de una idea nace otra y como no hay nada que aguce tanto el ingenio como la necesidad, se quedó en la puerta y escuchó el referido diálogo hasta el momento en que don Gervasio, sonriendo burlescamente, decia al escribano:

—Vaya, D. Magin, y ¿cuánto le da á V. el regidor por defenderle tan brillantemente?

Don Magin pegó un respingo, sintió impulsos de lanzarse al cuello de D. Gervasio, se contuvo despues pensando que el mayorazgo era tan fuerte como bruto y echó mano al sombrero.

Gasparet que vió llegada la ocasion oportuna de intervenir se adelantó y fingiéndose sofocado empezó á gritar:

—¡Señor amo! ¡señor amo! ¡Estamos de enhorabuena!

—¿Se ha muerto el regidor?—interrompió D. Gervasio.

Gasparet prosiguió, no oyéndole ó fingiendo no oírle:

—Ya he descubierto quién es su enemigo de V.! Ya tengo en mi poder pruebas fehacientes de todas sus marrullerías! Ya puede V. vivir tranquilo!

—¿Hablas de veras?—interrogó D. Gervasio entre asombrado, satisfecho y receloso, en tanto que D. Magin indeciso y atraído por invencible curiosidad se estaba de pié, baston y sombrero en mano.

—No se marche V., señor D. Magin,—le dijo Gasparet,—la presencia de V. puede sernos útilísima.

—Es verdad,—afirmó D. Gervasio, y poniéndole ambas manos sobre los hombros le hizo sentar por la fuerza.—Hijo mio,—prosiguió dirigiéndose á Gasparet,—¿mis sos-

pechas se han confirmado? ¿tienes por fin la prueba de las maldades de ese infame?

—No puedo revelar su nombre,—dijo Gasparet.

—¿Qué dices?—bramó el mayorazgo.—¿Quién te lo impide?

—He dado mi palabra de honor,—repuso con seriedad el fámulo.

—¿Y desde cuándo tienes tú honor?—preguntó D. Gervasio.

—Desde que entré á servicio de V., señor,—replicó el muy indino.

Mordiése D. Magin los labios para no reirse de dientes á fuera, y D. Gervasio, despues de haberse pavoneado un poco, prosiguió diciendo:

—Y, si no me puedo vengar, ¿qué adelanto yo con saber quién tiene la culpa de todo lo que á mí me pasa?

—Señor,—respondió Gasparet,—yo me comprometo ante el señor escribano aquí presente á que á las veinticuatro horas del pacto que los dos hemos de celebrar, la única persona culpable de todo lo que á V. le ha sucedido habrá pasado por todas las desdichas que V. lamenta.

—¿Y quién me asegura eso?—preguntó D. Gervasio que nunca daba del todo su brazo á torcer.

—Yo lo aseguro bajo mi palabra de honor,—replicó Gasparet.

No parecia á D. Gervasio muy tranquilizadora la seguridad; pero se acordó del honor de su casa y calló. Gasparet prosiguió diciendo:

—Respondo además con mi pellejo de dar pruebas de haber cumplido lo que prometo una vez que el señor don Gervasio Cortadellas y Fogarolas se comprometa por escritura ó papel autorizado por D. Magin á entregarme, apénas adquiera la conviccion de que yo he cumplido mi ofrecimiento, la cantidad que necesito para quedar libre, para casarme y para establecer una industria que pueda darme un día lo necesario para sostener mis obligaciones.

Ya se ha dicho que D. Gervasio era ruin; pero en él el instinto y el afán de la venganza se hacian superiores á todos los demás. Así es que dijo al criado:

—Acepto á ojos cerrados tu proposicion. El señor don Magin sabe que yo estaba dispuesto hace un instante á dar mil duros al hombre capaz de meter en presidio á mi enemigo... que á mí no hay quien me quite de la cabeza que es el regidor.—Y acercándose al oído de D. Magin le dijo:

—Veinte mil realitos se ha perdido V.: ahora tendrá usted que perseguir de balde ó de oficio á ese pillo.

Mientras D. Gervasio entraba en una habitacion próxima á buscar el correspondiente recado de escribir para extender el contrato privado entre él y Gasparet, este hizo á D. Magin algunas advertencias que la historia pasa por alto, pero que acaso se refiriesen á lo convenientísima que tal escritura iba á ser para los intereses del fámulo, á quien siempre quiso bien D. Magin no sólo porque el chico era simpático de suyo sino porque su madre le habia criado sano y robusto el solo hijo que se le habia logrado en su matrimonio, de seis paridos por la señora escribana.

—No me conformo,—dijo D. Gervasio, entrando bien provisto de papel, plumas y tintero,—con el castigo que ofrece para esa persona cuyo nombre no me dices ni es necesario que me digas.

—Pero, señor,—dijo Gasparet—¿le parece á V. poco de veras que sufra su enemigo de V. todo lo que V. ha sufrido?

—No puede ni debe pedirse más ni yo estoy dispuesto á autorizar otra cosa,—interpuso el escribano.—Esa es la pena del talion y pedir más fuera gollería.

D. Gervasio prosiguió refunfuñando:

—Pues yo no suelto un real si Gasparet no añade á todo lo convenido un buen pié de paliza propinado por él en debida forma. Cierito que yo he sufrido bastante y he pasado por lances bien molestos; pero á pesar de ellos estoy vivo y no me divierte que mi contrario pueda quedarse riendo de mí; yo necesito que me lleve de ventaja unos cuantos garrotazos, que molíéndole bien los huesos le obliguen á acordarse de mí siquiera en todos los cambios de estacion.

Gasparet titubeó un instante y dijo:

—Una paliza como la que V. pide y valga mil duros como la que V. desea, tiene que ser cosa de mérito y no me conviene el trato, porque entre ir ocho años á servir ó ir á presidio y quizá á la horca, si tengo la desventura de matar á su contrario de V., francamente, prefiero lo primero.

—Pues sin paliza no hay mil duros,—repuso el rencoroso solsonés.

—Vaya, hijo mio,—observó D. Magin interviniendo en la cuestion,—lo que tu amo te pide es muy razonable y debes obedecerle sin vacilar.

Don Gervasio dió al escribano un cariñoso abrazo y dijo á Gasparet:

—Hijo mio, está tranquilo. Si te ocurre alguna desgracia, si vas á presidio, si mueres en esta noble empresa, cuenta con que yo me encargo del porvenir de la pobre Eulalia.

Nubes empapadas en vapores de sangre pasaron por aquel corazon no ménos celoso que el del moro veneciano, ó el del Tetrarca de Jerusalem; pero pronto se repuso y exclamó:

—Por mil duros me comprometo á todo lo ofrecido anteriormente, y á dar á ese hombre no ya una paliza sino una puñalada que le eche las tripas fuera.

—Con la paliza basta,—dijo el escribano.

Gasparet y su amo conyiniaron en hacer las cosas en debida forma y para asegurarse mutuamente hicieron un



LA HUÉRFANA, cuadro por F. Comte-Calix



AMOR PRIMAVERAL, CUADRO POR P. THUMANN



JALEO, dibujo por A. Fabrés

papel, papel que el escribano no autorizó con su firma por la índole del asunto, pero cuya existencia y formalidad se obligó particularmente y bajo palabra de caballero á certificar y defender en caso necesario.

El papel, cuya importancia en esta verdadera historia no puede realmente ser mayor, estaba concebido en los siguientes términos:

«Gasparet Coll y Fontova se compromete á conseguir que en el plazo improrogable de veinticuatro horas cierto enemigo oculto que en la villa de Solsona tiene el señor D. Gervasio Cortadellas y Fogarolas haya pasado por todas las molestias y disgustos que al dicho D. Gervasio ha hecho pasar el referido misterioso personaje. Convencido que sea D. Gervasio de que él y su enemigo se encuentran á la misma altura en punto á sufrimientos, entregará á Gasparet Coll la cantidad de veinte mil reales.

»Y para que conste y deseando ambos contratantes que este documento tenga fuerza de escritura pública, lo firman en Solsona á 4 de Febrero de 1872.»

Quiso D. Gervasio que constara también en el curioso documento que acabamos de transcribir el compromiso de la paliza; pero D. Magin se opuso á ello, asegurando que condicion de tal especie desbarataría y echaría por tierra toda la importancia del contrato, añadiendo que la garantía del que se acababa de extender y de cuya validez sólo privadamente podía él salir garante, bastaba y sobraba para el caso. D. Gervasio, á quien la menor contrariedad ponía como un toro picado del tábano, alborotóse y aseguró «que no soltaría un ochavo sin que Gasparet le asegurase y le demostrase que había dado cincuenta palos al enemigo oculto.»

Gasparet tomó una brava resolución y dijo á su amo: —Señor, ya que V. se empeña, voy á complacerle haciendo que V. presencie la paliza.

Brillaron de alegría los ojos de D. Gervasio y á instancia suya discutióse sobre la calidad del instrumento con que habían de darse los palos. Gasparet creía que una buena vara de Fresno ó de *redondo* bastaba y sobraba para aquel negocio; á D. Gervasio le parecía blando con exceso para dar los tales palos el canto de un sable de caballería y sólo se conformó con que se adoptase para el sacrificio un soberbio *manatí*, regalo de un indiano tío suyo y en cuyas condiciones vapuleadoras tenía plena confianza. Empuñó Gasparet el arma terrible, que sus costillas conocían más de cerca que sus ojos, y díjole su amo:

—Tráeme el sombrero, que aunque todavía me encuentro algo débil, quiero presenciar el cumplimiento del contrato. El señor D. Magin vendrá con nosotros y podrá dar fe de tu conducta.

Gasparet dirigió una mirada á D. Magin y haciendo un no pequeño esfuerzo sobre sí mismo, dijo á D. Gervasio: —Señor, para apalearse al enemigo de vuestra merced no es menester que salgamos de esta casa, ni de esta sala.

Don Gervasio pegó un brinco, abrió los ojos desmesuradamente y exclamó bufando más que hablando:

—¿Con que D. Magin es el culpable? ¡yo, necio de mí, que ni siquiera lo sospechaba! Bien lo debí comprender cuando hace un instante le busqué inútilmente por aliado.

Don Gervasio temblaba de pies á cabeza y quería hablar ya á D. Gervasio, ya á Gasparet, pero la cólera locuaz del primero no le dejaba meter baza.

—¡Dame acá ese bastón,—berreaba D. Gervasio,—y desnúdame de cintura arriba á (s) Iscariote para que los palos abran herida, que hecha por el manatí decía mi tío que era incurable!

El pobre escribano dirigía á Gasparet miradas más elocuentes que cien discursos de Castelar.

Gasparet se cuadró al fin. —Yo no suelto el bastón; yo he de castigar por mi mano al enemigo de V.; el contrato es contrato y no renuncio á los mil duros.

Don Gervasio asió fuertemente por un brazo y dijo á Gasparet:

—Apalea sin compasión al infame autor de todas mis desventuras hasta que yo te diga «basta.»

Gasparet hizo un movimiento afirmativo; miró nuevamente á D. Magin como diciéndole: «Ya ve V. que la cosa no tiene remedio,» levantó el manatí y empezó á descargarlo vigorosamente en las espaldas de su amo.

Éste, á las primeras de cambio, soltó el brazo de don Magin y se apartó buen trecho de él, y con la sorpresa, el dolor de los palos y la debilidad que aún tenía no pudo hablar ni defenderse. Gasparet, animoso y temeroso á la par, dió una segunda tanda de palos, y D. Gervasio, cayendo en un sillón y empezando á recibir la tercera, tuvo bríos al fin, ya que no para defenderse, para gritar y para quejarse.

—¿Qué es esto, Gasparet?—decía el magullado hidalgo.

(Continuará)

EL MAESTRO TRISTE

I

Cuando la gente del pueblo bajo de Madrid habla con una persona cuyo nombre ignora y á quien juzga superior en clase y educación, le llama *maestro*; y como de tal califican al tipo de que voy á ocuparme, añadiendo el adjetivo *triste*, con el que es conocido entre los gateros de la heroica villa, de los cuales es el *hazme reir* y el espantajo.

El maestro triste es uno de esos seres que vegetan en medio del caos que aún oscurece la creación, que viven en la sombra, que cruzan por la vida con la vaguedad del espectro, de quienes nadie se ocupa más que un momento y á quienes nadie pregunta á dónde van ni de dónde vienen.

Se piensa en el átomo, se analiza el elemento, se clasifica á las plantas en familias y al animal en razas; las piedras tienen sus historiadores, y en el salón del Prado, durante el estío, se paga un real por ver los astros á través de un telescopio.

Entre tanto, nadie se cuida de ciertos seres humanos sino para hacer en su cadáver estudios anatómicos en el hospital.

Vivos, causan asco, tal vez horror; muertos, ya es otra cosa: el corazón latente vale menos que el corazón frío é inanimado: la psicología es inferior al escalpelo.

II

El maestro triste es un hombre de cincuenta años, que representa algunos menos, porque en el sopor de la inteligencia la vida se estanca y el tiempo resbala sin dejar huellas. De frente, no tiene fisonomía, porque su delgadez es tan extremada que sólo presenta una línea vertical, que comienza en el punto céntrico de la cabeza, deprimida por ambos lados de las sienes, y acaba en un punto indefinido, que es la barba.

Visto de perfil, el contorno se marca, como es natural: aparece un escorzo hendido, que es la frente: una nariz, cuyos cartílagos muy prolongados ocultan la membrana central; y algo más abajo, una como incisión horizontal que constituye la boca.

Tiene la cabeza lisa y amarillenta como una calabaza muy madura, con eclipse parcial de cabellos, y digo parcial porque los nervios capilares existen desarrollados, pero hacia adentro, asomándose en cuatro largos mechones por los oídos y por las fosas nasales.

Sus ojos son pequeños, redondos y saltones como los de algunos insectos, y las niñas despiden un fulgor apagado como las de las aves nocturnas.

La expresión de su rostro ofrece puntos de semejanza con la del estornino deslumbrado por el sol, y el movimiento casi incesante y lleno de lentitud de su cabeza es enteramente parecido al del buho.

La lleva siempre cubierta con una cosa semejante á un sombrero de copa alta, que, Proteo de los sombreros, toma todas las formas imaginables: agranda y disminuye como el mago de *La Pata de Cabra*, se encorva hacia adelante, como un dolorido del estómago, ó se inclina hacia atrás, como una mujer en cinta. Usa nuestro héroe una levita de una tela fantástica, sin cuello y con un solo botón en la cintura; tiene poca camisa, ningún chaleco y un pantalón, especie de embudo doble, colocado del revés, que no le llega á los tobillos; gasta zapatos de los llamados de *la valentía*; y ¡cosa inexplicable! una sola media negra en la pierna derecha.

El maestro triste cobra una pensión, cuyo origen ignora, en la casa de un grande de España, pensión de tres reales diarios, con la cual vive hace cuarenta años.

Durante algunos, su posición no fué muy desahogada, hasta que una casualidad providencial vino en su ayuda. Supo que en la Escuela Pia de la calle de Hortaleza se repartía diariamente una especie de rancho conventual, y se hizo abonado perpetuo.

III

El maestro triste, aunque bueno y dulce en el fondo, tiene un exterior uraño y receloso, con arranques de alta superioridad.

Cada semana muda de casa, porque en ninguna encuentra el silencio que desea.

En una ocasión vivía al fin de la calle del Lavapiés y se mudó porque su patrona se negó á mandar enarenar la calle á fin de evitar el ruido de los carros de la Aduana. Al día siguiente de haberse hospedado en una buhardilla de la calle de Jardines, dejóla también, por causa de no haber querido pasar recado á la parroquia de San Luis para que no tocasen las campanas.

Fuera de esto, el maestro triste es benévolo y cortés: habla poco ó nada, pasea de noche, duerme ó medita de día. Anda despacio y sin hacer ruido, como las sombras: carece de vicios y de virtudes y tropieza, sin notarlos, en las dos esquinas de la vejez: la miseria y la tristeza.

Se cree un gran filósofo, un gran sabio, un gran naturalista y un gran poeta.

Filósofo, porque en sus excursiones por la miseria siente el frío de la tumba, y mira alguna vez las estrellas, y nunca á sus hermanos en el presidio de la desventura: sabio, porque ha estudiado y olvidado el latín: naturalista, porque un día, así como Carlos Nadier descubrió el *Tarantaleo* en una gota de agua, él encontró en la Pradera del Canal un animal desconocido y quizá antiluviano, y que era simplemente una hormiga con alas; y poeta, porque su abuelo fué el grotescamente célebre don Diego Rabadan, autor del famoso soneto *A los Reyes Magos*.

IV

El maestro triste no ha tenido más que un amor y dos afecciones.

El primero sintiólo, como es natural, por una mujer: las dos últimas hacia un hombre y un perro.

El hombre era un muchacho llamado Alegría, memorialista ambulante de las aguadoras del Prado, y acomodador de criadas.

En uno de sus paseos crepusculares, el maestro triste y Alegría se encontraron como dos larvas nocturnas y simpatizaron, porque...

¿Por qué la alegre raza andaluza tiene los cantos más melancólicos?

¿Por qué los rudos y pesados hijos de Galicia se solazan con los bailes más vivos y animados?

¿Por qué el frívolo y ligero pueblo francés ha adoptado como metro clásico el alejandrino?

Pues por eso simpatizaron Alegría y el maestro triste.

V

Hablemos ahora de misstris Kanaris.

Misstris Kanaris era una inglesa de mucho talento, muy versada en idiomas, que daba lecciones á domicilio.

Estoy seguro de que alguno de mis lectores la ha conocido, porque su profesión hacíala tratarse con muchas personas decentes.

Tenía cuarenta y ocho años de edad y era el ideal de lo feo, de lo sucio y de lo inverosímil.

Sus encrespados cabellos eran del color del cromato de plomo y sus ojos del del ácido fórmico. Su nariz se parecía á una vela latina hinchada por el viento, excepto en la blancura. Sus mejillas juanetudas formaban dos ángulos agudos, y Blondin, el atrevido funámbulo, no hubiera podido atravesar su boca de extremo á extremo.

Inmóvil, parecía la Esfinge: si gesticulaba, la Cariátide, é irritada, la Euménide.

Usaba un sombrero inmenso, parecido á un monitor de guerra, blindado de tela de araña, con tripulación de cucarachas; ceñía su talle un *plaid*, limpio de manchas donde tenía agujeros, y vestía una falda negra con volantes de barro.

Como mujer superior, no sentía más que dos pasiones internacionales: la de la carne medio cruda y la del aguardiente de Chinchón.

El maestro triste conoció á misstris Kanaris en una tienda de comestibles, y este encuentro fué para él un choque en que descarriló su corazón, que lleno de niebla hasta entonces, se socavaba por falta de dilatación. Oyó hablar á la inglesa en español, con la admiración del que descubre un magnífico cuadro en una prendería, y el amor penetró en su alma como la luz en un sótano; su pasión fué la del sabio: se enamoró de la inteligencia.

Aquel hombre formado de bruma necesitaba de aquella mujer abrasada de alcohol.

VI

Trascurrieron algunos días en que el maestro triste se sintió incómodo como un topo cogido en una ratonera, experimentando una incesante vacilación en las encrucijadas de su pensamiento.

Misstris Kanaris iba siempre á la misma tienda; el maestro triste no faltaba ninguna noche, y desde allí la acompañaba hasta su casa, mas nunca se atrevió á declarar su atrevido pensamiento.

Con su amigo Alegría fué más expansivo: le habló de su amor y le presentó á misstris Kanaris.

Una mañana concibió una decisión suprema y escribió á la inglesa una carta rebosando en pasión.

Envióla por conducto de Alegría y esperó el regreso de éste, acurrucado en la cama, como el perro culpable que presiente una paliza. El memorialista volvió pasado un rato y entregó á su amigo un billete arrugado y cerrado con miga de pan.

Era la contestación de misstris Kanaris.

El inquieto amante abrióla tembloroso; atropelló las letras con la vista y luego reclinóse en la cama en actitud de dolorosa resignación.

—¿Se puede saber lo que dice?—preguntó Alegría.

El maestro triste le alargó la carta en silencio y el memorialista leyó:

«Caballero: Mis afecciones pasadas y mis ocupaciones presentes no me permiten ocuparme de ningún *ombre*.»

—¡Qué falta tan garrafal de ortografía!—exclamó Alegría.

—¡Necio!—dijo el maestro triste con acento de compasiva superioridad.—Misstris Kanaris sabe más ortografía castellana que tú, como lo sabe todo. Eso que tú llamas falta es un gran pensamiento filosófico. Ella conoce el latín como lo conoce todo, comprende la gran analogía que hay entre la palabra *umbra*, que quiere decir sombra, y la palabra *hombre*, suprimida la *h*, porque, en verdad, ¿qué es el hombre más que una sombra que atraviesa por la vida y desaparece?

Alegría no quedó enteramente convencido, pero sí admirado del profundo talento de su amigo.

El maestro triste devoró su dolor en silencio. Un día le sopló la musa de su abuelo, y así como Petrarca hizo un soneto á la camisa de Laura, él compuso la siguiente quintilla endecasílabo al sombrero de misstris Kanaris:

Quitado, cual del sol la crencha de oro
La nube evaporada deja ver,
Me muestra su cabello que yo adoro;
Puesto, sobre su frente, con decoro
Es bóveda del templo del saber.

VII

Dos pruebas terribles acechaban al maestro triste.

Alegría, comprendiendo que había ya llegado á la edad de pensar en hacer fortuna, abandonó la corte para establecer su bufete de memorialista en Valdelaguna, pueblo de veinticinco vecinos, á siete leguas de Madrid.

¡Primer porrazo!

Poco despues desapareció misstris Kanaris, sin que nadie haya vuelto á saber de ella. Quizá, como á todos los seres abandonados, la tragó de repente un escotillon abierto en el tablado de la muerte.

¡Porrazo segundo!

El maestro triste lloró por primera vez en su vida y desgarró su levita arrancando el único boton.

Volvió á ocultarse en su zona de sombra y volvió á leer en la soledad el soneto de su abuelo y á contemplar la hormiga antidiluviana, que conservaba debajo de un vaso roto.

Pero su corazon,abierto ya á las emociones, no pudo encerrarse en este aislamiento, y adoptó á un perro vagabundo que le siguió en uno de sus nocturnos paseos.

Mas ¡ay! cuando la fatalidad designa á un sér como víctima, es inexorable. Semejante al progreso humano, camina á veces con lentitud, pero al fin llega: es un monstruo que se detiene para afilar las garras.

El maestro triste sintió aun otro zarpazo.

VIII

Una noche del último estío, atormentado por el calor y por una picazon extraña, confiado en la proverbial somnolencia de los serenos y en la longanimidad de las parejas de órden público, no pudo resistir al deseo de darse un baño en una de las fuentes del Prado que están frente á la calle de las Huertas. Hizolo así, despues de atisbar hácia todas partes; mas en su éxtasis de triton, no vió una sombra que se iba aproximando encorvada como un tigre.

Súbito, la luz de un farol, hasta entónces oculto, reverberó en el agua del pilon, y el maestro triste se sintió agarrado de una oreja: el triton se convirtió en Adan desnudo, el cual despues, Adan medio vestido, tuvo que seguir á un déspota de la noche á la prevencion de la calle de San José.

Como el maestro triste no pudo presentar un *fiador de casa abierta* ni cerrada, fué trasladado á la cárcel del Saladero; como era *pobre*, le alojaron en el patio, que es como si dijéramos, el *pandemonium*; y como era *pobre* y débil, los demonios sin pan, habitantes de aquel departamento, entre otros excesos, hiciéronle *verter el zambullo*.

Salió al fin de la cárcel, como se sale de todas partes, hasta de la vida, y voló á su chiribitil, ansioso de soledad y descanso. Aquí le esperaba el último porrazo, es decir, la *puntilla*. Su perro adoptivo, encerrado durante muchos dias, habia muerto de hambre, destrozándolo todo en su agonía.

El maestro triste halló el soneto autógrafo de su abuelo hecho pedazos, y derribado el vaso bajo el que conservaba la hormiga alada, que no pudo encontrar en parte alguna.

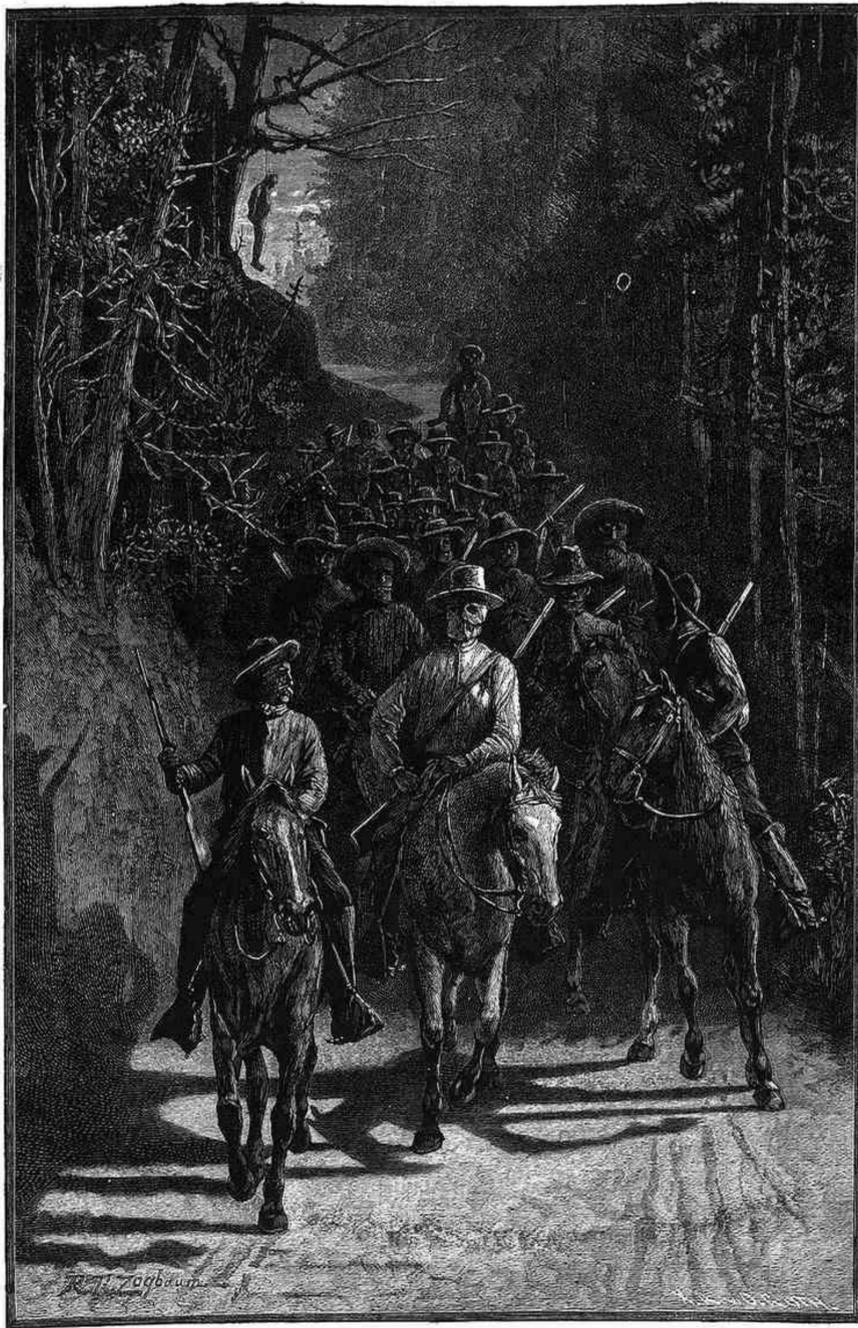
IX

¡Adios, caricias caninas, gloriosos recuerdos de familia, descubrimientos científicos!

¡El maestro triste lo ha perdido todo!

Desde entónces, y quizá para siempre, el dolor, estancado en su corazon, hace subir á su cerebro los miasmas del idiotismo. Su existencia ha vuelto á sumergirse en un limbo oscuro en que sólo vislumbra vagamente el pote de la Escuela Pía de la calle de Hortaleza.

F. MORENO GODINO



LA LEY DE LYNCH, cuadro por R. Zoqbaum

LAS MAREAS

Las mareas son movimientos periódicos del mar producidos por la atraccion de la luna y del sol, accion que se ejerce en toda la masa de la tierra y se manifiesta por el movimiento de intumescencia de las aguas, y añadiremos que la fuerza de la luna viene á ser tres veces mayor que la del sol, porque la primera está mucho más cerca de la tierra que el astro del dia.

Para desarrollar la teoría de las mareas, consideraremos primeramente las llamadas lunares, dejando á un lado la accion del sol.

La atraccion que la luna ejerce en un punto cualquiera de la tierra, está en razon inversa del cuadrado de su distancia; si se tira desde aquella una línea recta que pase por el centro de la tierra (véase la figura 1), esta línea encontrará la superficie de las aguas en dos puntos diametralmente opuestos, Z y N, y uno de estos tendrá la luna al *zénit* y el otro al *nadir*. Los puntos del mar que tienen la luna al *zénit*, es decir, los que aquella ilumina perpendicularmente, estarán más próximos á dicho astro, y por lo tanto se hallarán más sometidos á la atraccion que al centro del globo, miéntras los puntos diametralmente opuestos, los que tienen la luna al *nadir*, se encontrarán más léjos y la atraccion será menor sobre ellos. En su consecuencia, las aguas situadas directamente bajo la luna deberán elevarse hácia ella, dilatándose en la superficie del Océano, y las aguas de los antípodas, menos sujetas á la atraccion lunar que el centro del globo, se quedarán atrás para formar un segundo promontorio en la superficie del mar. De aquí resulta una doble *marea alta* bajo la luna y en el punto opuesto del globo, y allí donde las aguas no están sometidas á la atraccion directa de aquella, habrá *marea baja*, segun se representa en la figura primera.

La tierra presenta á la luna en su movimiento de rotacion, y en el espacio de veinticuatro horas, todos sus meridianos, que se van encontrando sucesivamente bajo dicho astro, ó bien á los 90° de él, resultando de aquí, que en el espacio de un dia lunar, es decir, en el tiempo que transcurre entre dos pasajes consecutivos de la luna por un mismo meridiano, las aguas del mar subirán dos veces y bajarán otras tantas en todos los puntos

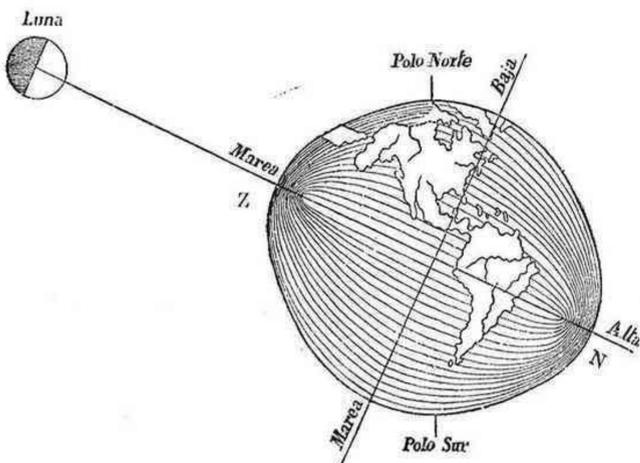


Fig. 1.—MAREA LUNAR

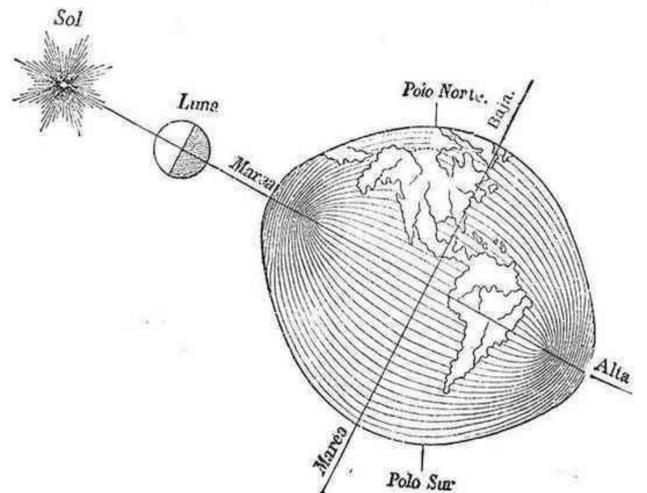


Fig. 2.—MAREA LUNI-SOLAR

de la tierra. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que el efecto de la atraccion no se ejerce instantáneamente, pues la luna se aleja del meridiano antes que se complete la elevacion de las aguas, y hé aquí por qué el flujo no llega á su *máximum* sino unas tres horas despues de la culminacion del astro de la noche. La cima de la montaña de agua levantada por la ola, sigue á la luna alrededor del globo, de Oriente á Occidente.

Claro es, no obstante, que las grandes desigualdades del fondo del mar, los continentes, la pendiente más ó ménos rápida de las costas que están bajo el agua, la diferente anchura de los canales y estrechos, y por último, los vientos, las corrientes pelágicas y una infinidad de otras circunstancias locales, deben modificar sensiblemente la regularidad de la marcha de las mareas. Además de esto, la luna no es el único cuerpo celeste que ejerce su influencia sobre las aguas del mar; hemos dicho ya que el sol toma tambien su parte en este fenómeno, aunque muy indirectamente, á causa de la gran distancia que le separa de la tierra. La desigualdad que existe entre los dias solares y lunares (estos últimos son cincuenta y cuatro minutos más largos) da lugar á que las influencias de los dos astros obren de consuno ó se contraríen alternativamente; cuando el sol y la luna están en *conjuncion* (fig. 2), ó en oposicion, es decir, situados en la misma línea recta, sus atracciones sobre el mar se combinan y producen una marea muy fuerte, y esto es lo que sucede cuando hay luna nueva ó luna llena. En la época de las *cuadraturas*, la accion solar tiende á producir una marea baja allí donde la luna puede elevar las aguas, y recíprocamente, siendo el resultado de esto una marea lunar muy debilitada.

Todos estos efectos no se producen instantáneamente, sino uno ó dos dias despues. La mayor y la más pequeña marea están entre sí en la relacion de 138 á 62 ó de 7 á 3; las más fuertes mareas llegan á los equinoccios cuando la luna está en su perigeo, y las más débiles á los solsticios cuando se halla en su apogeo, y cuanto más se elevan las aguas durante la *pleamar*, más descienden en la *bajamar*. En nuestros puertos avanzan dos veces diarias y otras tantas vuelven á retirarse, á cuyo movimiento se da el nombre de *flujo* y *reflujo*.

La marea se retarda todos los dias unos cincuenta minutos segun los relojes de las ciudades, porque el dia lunar es de veinticuatro horas y cincuenta minutos (tiempo medio), y así, por ejemplo, si una marea llega hoy á las dos de la madrugada, la de mañana no vendrá hasta las dos y cincuenta minutos. Se ha observado tambien que las aguas no emplean el mismo tiempo en subir que en bajar; en el Havre y en Bolonia tardan dos horas y ocho minutos más en la bajada, pero en Brest la diferencia es sólo de diez y seis minutos.

La altura de las mareas varía en las diferentes regiones del globo segun las circunstancias de la localidad: en las costas orientales de Asia y en las occidentales de Europa, son aquellas muy fuertes, miéntras que en las islas del mar del Sur, donde son siempre muy regulares, no excede la altura de cincuenta centímetros; en la costa occidental de la América del Sur rara vez alcanzan las mareas á tres metros, y en la occidental de la India se elevan á seis ó siete. Esta gran diferencia se observa tambien en países muy cercanos, pues una marea que en Cherburgo llega á seis ó siete metros, sube á trece en el puerto de San Malo; cuando se eleva á nueve en la embocadura del canal de Bristol, en Swansea, asciende á doble altura en Chepstow, un poco más léjos, y en general sube más en el fondo de un golfo que en la entrada.

La más alta marea es la que se observa en la bahía de Fundy, abierta al Sur del istmo que une á

Nueva-Escocia con Nueva-Brunswick; la pleamar sube veinte y hasta treinta metros, al paso que no asciende sino á dos y medio en la bahía Verde, al norte del mismo istmo. Cuéntase que en la bahía de Fundy las olas depositaron un buque sobre una roca bastante elevada, durante la noche, de tal modo que al amanecer se vió la tripulacion suspendida en el aire sobre el agua.

En los Mediterráneos, que no se comunican con el Océano sino por un estrecho canal, se percibe muy poco el fenómeno de las mareas, y hé aquí por qué causa. La luna ejerce su influencia al mismo tiempo sobre todas las partes de estos mares, y como sus aguas no son suficientemente abundantes para engrosar el promontorio formado por la atraccion de nuestro satélite, la intumescencia es muy poco pronunciada. Por esta razon no se ven mareas en el mar Blanco ni en el mar Negro y son insignificantes en el Mediterráneo. Sin embargo, en Alejandría se han visto mareas de medio metro y en Venecia alcanzan á veces á dos metros.

Los vientos ejercen una gran influencia en la altura de las mareas: cuando se unen al impulso comunicado por el astro que atrae, pueden aumentar considerablemente la elevacion normal de la pleamar, y si son contrarios, es muy fácil que destruyan el flujo, como sucede en el golfo de Veracruz, donde no se ve algunas veces sino una marea en tres dias cuando el viento sopla con violencia. En la costa de Van-Diemen se observa un fenómeno análogo.

La marea creciente bate á veces la ribera de una manera continuada, con increíble fuerza, y ese choque violento se llama la *resaca*, la marejada forma entónces en el mar, olas que tienen á veces un kilómetro de extension, y se ha observado que la resaca aumenta á medida que se va acercando á la costa, pero cuando alcanza una altura de seis ó siete metros, forma una montaña de agua que cae por su propio peso y rueda sobre sí misma. Este movimiento no es, sin embargo, progresivo en realidad, ni trasporta los cuerpos flotantes: la resaca es muy fuerte en la isla de Fogo (una de las islas de Cabo Verde), en la India y en Sumatra, donde se llama *surf*. Cuando se produce es muy peligroso acercarse á las costas y algunas veces imposible.

Quando al efecto de la resaca se une el de los golpes de viento, se forman en la superficie del mar inmensas olas que aumentan rápidamente de volúmen, se elevan como espumosas montañas, ruedan, saltan y se estrellan una contra otra.



LA APLICACION, dibujo por F. Delfregger

«En un momento, dice Malte-Brun, parece que las olas traen las diosas del mar que vienen á jugar entre las aguas; un instante despues, si estalla la tempestad, parece animarlas con sus fuerzas; diríase que una multitud de monstruos marinos luchan encarnizadamente; un fuerte viento, constante é igual, produce en el mar *oleadas* que se elevan y avanzan con un movimiento uniforme, una despues de otra, para precipitarse luégo contra la orilla. Algunas veces quedan las olas suspendidas por un golpe

de viento ó detenidas por una corriente, y entónces forman como una muralla líquida. ¡Desgraciado del temerario navegante que osara acercarse á ella!»

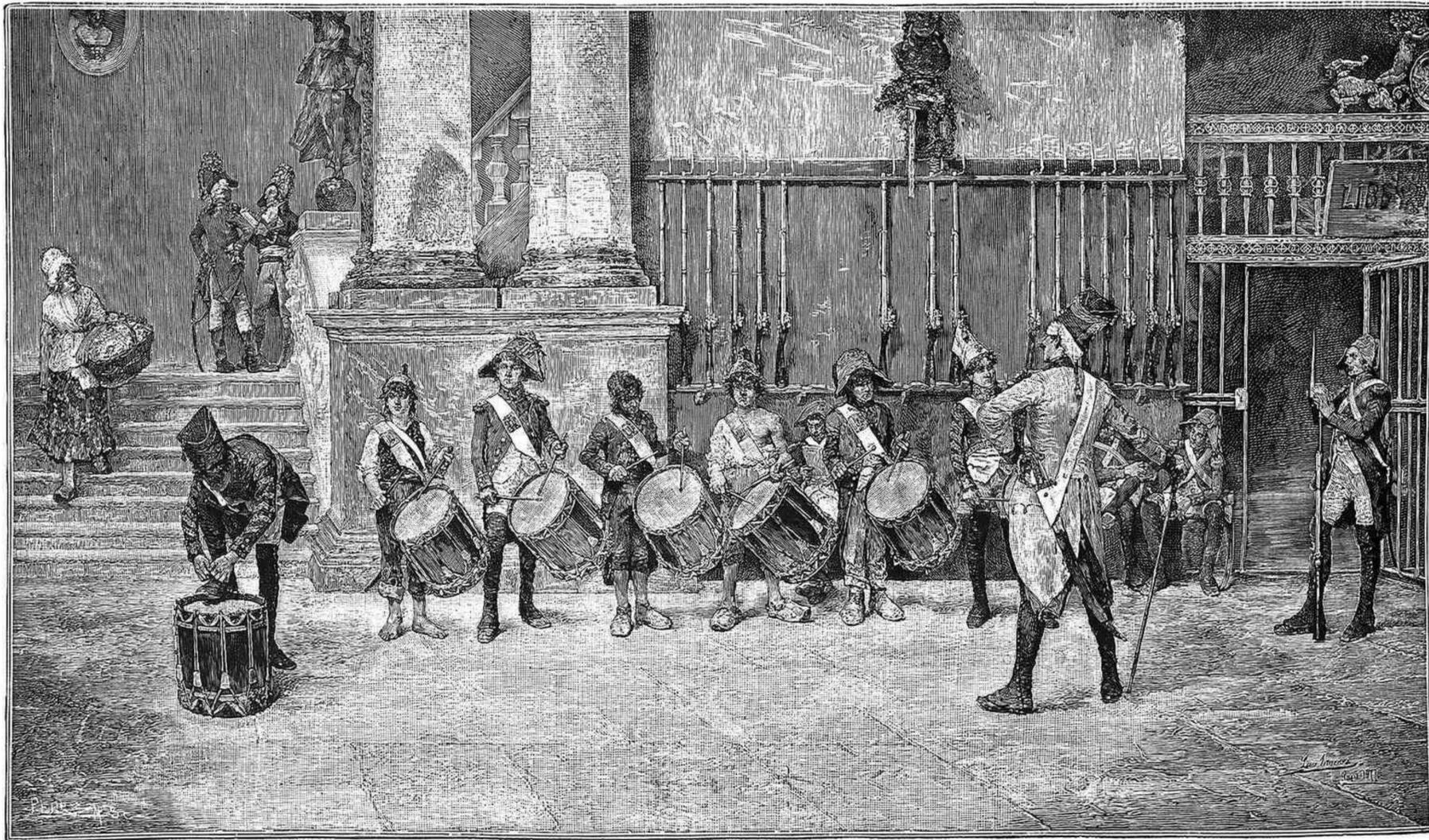
Las más altas olas conocidas son las que se producen en la época de las grandes mareas á lo largo del Cabo de Buena Esperanza, bajo la influencia de un fuerte viento Noroeste que atraviesa el Atlántico meridional é impele el agua hácia el Cabo. Esas olas alcanzan con mucha frecuencia doce metros de altura, y si semejante montaña de agua se eleva entre dos buques, no es posible que se vean el uno al otro.

A lo largo del Cabo de Hornos se forman olas de diez metros, pero en nuestros mares, rara vez llegan á tres, segun ciertos autores, y á seis segun otros.

Si una ola se produce bajo la influencia de un viento muy fuerte, ejerce una presion de treinta mil kilogramos por metro cuadrado: cuando las aguas están muy agitadas, se ha visto que las olas se lanzaban por encima del faro de Eddystone á cuarenta y seis metros de altura, volviendo á caer en forma de catarata. Despues del huracan de la Barbada, en 1680, se hallaron en la playa cañones viejos trasportados desde el fondo del mar á la ribera por la fuerza del oleaje. Si las olas impelidas por el reflujio encuentran obstáculos, fórmanse *remolinos* y *abismos*, terror de los navegantes. Tales son los que se observan en el estrecho de Mesina, en los escollos de Scyla y Caribdis, célebres en la antigüedad, y que han sido cantados por Homero, Ovidio y Virgilio. En Caribdis, ó Kalosfaro, hay un abismo donde parece que las aguas hierven, y en Scyla se lanzan estas contra la pared de la roca que forma el escollo.

La costa de Noruega está cortada por pequeños golfos y erizada de escollos, en derredor de los cuales se forman con frecuencia remolinos; el más célebre de aquellos es el *Mahlstrom*, pues en aquel punto tienen las aguas un movimiento giratorio que cambia de seis en seis horas. Los buques, arrastrados por este remolino, desaparecen en él sin remedio.

Al efecto combinado de las mareas y de los remolinos se debe atribuir el terrible fenómeno del *raz de marea*, tan temido de los navegantes: cuando el tiempo está sereno, y sin que sople el aire, se ve avanzar algunas veces hácia la costa una série de olas que se precipitan con violencia sobre los buques, los desarbolan y acaban á veces por echarlos á pique.—A. A.



LOS TAMBORES DE LA REPÚBLICA

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA
DICCIONARIO UNIVERSAL
DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA
HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Fintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la coleccion completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos. El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON